

PERFECTOPIA

León Hernández

PERFECTOPÍA

© León Hernández 2014

Todos los derechos reservados.

ISBN: 84-616-8216-5

ISBN-13: 978-84-616-8216-4

Corrección y Traducción: Highway Global Corp.

Dibujo de portada: Estelle Chou

<http://www.perfectopia.co>

A todos los que luchan por la libertad en cualquier lugar del mundo

Agradecimientos

A mi hermano Fernando por su ayuda y comentarios para mejorar la historia. A Lee Chia Wen por servir de enlace con la artista gráfica para la portada. A Goyo por su concienzuda revisión. A Robert por su apoyo y opiniones durante la redacción del libro. A todos mis seguidores de Twitter y amigos en Facebook por sus ánimos. A mis padres por ser los primeros e incondicionales fans.

"Sostenemos que estas Verdades son evidentes en sí mismas: que todos los hombres son creados iguales, que su Creador los ha dotado de ciertos Derechos inalienables, que entre ellos se encuentran la Vida, la Libertad y la Búsqueda de la Felicidad. Que para asegurar estos Derechos se instituyen Gobiernos entre los Hombres, los cuales derivan sus Poderes legítimos del Consentimiento de los Gobernados; que el Pueblo tiene el derecho de cambiar o abolir cualquier otra forma de Gobierno que tienda a destruir estos Propósitos, y de instituir un nuevo Gobierno, Fundado en tales Principios".

Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América,
Filadelfia, 4 de julio de 1776

"Un Estado totalitario realmente eficaz sería aquel en el cual los jefes políticos todopoderosos y su ejército de colaboradores pudieran gobernar una población de esclavos sobre los cuales no fuese necesario ejercer coerción alguna por cuanto amarían su servidumbre. Inducirles a amarla es la tarea asignada en los actuales estados totalitarios a los Ministerios de Propaganda, los directores de los periódicos y los maestros de escuela"

Extracto del prólogo de "Un mundo feliz", Aldous Huxley, 1932

Contenido

CAPÍTULO PRIMERO El principio del fin.....	13
CAPÍTULO SEGUNDO El Gran Caos	43
CAPÍTULO TERCERO Resurrección	63
CAPÍTULO CUARTO Los Planificados.....	93
CAPÍTULO QUINTO La Ruptura	133
CAPÍTULO SEXTO Silvia	165
CAPÍTULO SÉPTIMO Ciudad Libre.....	207
CAPÍTULO OCTAVO Las Jaulas.....	261
CAPÍTULO NOVENO Rebelión	313
CAPÍTULO DÉCIMO Guerra	351
EPÍLOGO Perfectopía	399

CAPÍTULO PRIMERO

El principio del fin

Diario del Mundo

Miércoles 6 de julio de 2016

Informando desde 1989

Temor a fuertes disturbios durante las manifestaciones previstas para mañana

Mañana jueves 7 de julio tendrán lugar en las principales ciudades del mundo manifestaciones contra las políticas que los gobiernos de Europa y EEUU están aplicando para combatir la fuerte crisis económica. Los colectivos organizadores de las protestas consideran a estos gobiernos culpables del aumento de la pobreza entre la población. Londres, París, Berlín, Nueva York y Madrid, entre otras, esperan con relativa calma las manifestaciones, que se prevén masivas debido al descontento general de la población por los últimos acontecimientos económicos y las medidas aplicadas por dichos gobiernos.

En Madrid, la manifestación, que ha sido autorizada por la Delegación del Gobierno, está convocada por el colectivo Occupy Madrid y otros grupos antisistema. Según sus representantes, se espera la asistencia de más de un millón

de personas venidas de todo el país. Su objetivo es, al igual que ya intentaron varios años atrás con escaso éxito, conseguir "la dimisión inmediata del Gobierno, la disolución del Parlamento y la convocatoria de nuevas elecciones para acabar con las políticas supuestamente liberales del actual Gobierno". Además, los organizadores denuncian que "el Gobierno está provocando la muerte de decenas de personas por hambre y suicidios". También creen que estas políticas se verían agravadas "si se llegasen a aprobar mañana los nuevos presupuestos de emergencia propuestos por el Gobierno". Impedir dicha aprobación es otro de los objetivos de la manifestación.

A pesar de que la organización de la manifestación se haya desmarcado de la violencia en todos sus comunicados y haya asegurado que evitará por todos

los medios que se produzcan incidentes, los colectivos radicales han prometido venganza por la muerte del joven de extrema izquierda que tuvo lugar a manos de la policía durante los disturbios del pasado 15 de mayo.

Fuentes policiales también han asegurado que harán todo lo posible para evitar comportamientos que puedan degenerar en violencia. Sin embargo, la Delegación del Gobierno ha dejado claro que no va a permitir que se ataque el "corazón del sistema democrático". Por su parte, la Delegada del Gobierno ha declarado que "si la manifestación discurre

pacíficamente y no intentan saltar el cordón de seguridad establecido alrededor del Congreso, no tiene por qué haber incidentes". Y ha añadido que no van a tolerar "comportamientos violentos y las Fuerzas de Seguridad del Estado actuarán de forma proporcional".

En el Gobierno, aunque públicamente muestran tranquilidad, fuentes extraoficiales han confirmado que existe una preocupación creciente por que se produzcan disturbios violentos por toda la ciudad y que esto pueda afectar a la imagen del Gobierno de cara a las elecciones previstas para marzo de 2017.

–Samuel, ¡frigga los platos del desayuno!

–Mamá, los friego esta noche, que me esperan Silvia y los chicos y no puedo llegar tarde por fregar los platos.

–¿Y por qué en lugar de meterte en líos con tus amigos no empiezas a buscar trabajo?

–Mamá, ¡siempre igual! He estado buscando trabajo los últimos tres meses y no hay nada. ¡Nada! Todos mis amigos están en paro con mucha más experiencia que yo, ¿cómo quieres que encuentre trabajo?

–Reuniéndote con tus amigos a preparar manifestaciones es como no lo vas a encontrar –dijo su madre a media voz, mientras le daba la espalda.

–¡Y qué quieres que haga! –estalló Sam–. ¿Que siga comportándome como si no pasara nada? ¿Como si el mundo no se estuviera yendo a la mierda por culpa de políticos y banqueros? ¿Que sigamos teniendo trabajos de mierda con salarios de mierda mientras los ricos empresarios capitalistas amasan fortunas y se ríen en nuestra cara? ¿Mientras nos quitan la sanidad pública? ¿Mientras a ti te quitan la pensión? Al menos yo intento arreglar las cosas y no me quedo quieto mientras nos aplastan, como haces tú.

–Tu padre y yo trabajamos para sacar adelante a la familia –dijo su madre con voz cansada.

–Y yo lucho por nuestro futuro –añadió Sam. Salió y cerró dando un portazo.

La madre de Sam se giró hacia la mesa, recogió lentamente los platos del desayuno y los dejó en el fregadero. Se sentó a la mesa en silencio. La luz de la mañana que entraba por la pequeña ventana de la cocina le iluminaba la cara. Era un caluroso día de julio en la capital. A pesar de que era temprano, se mostraba extremadamente cansada. Apoyó las manos en la mesa y cerró los ojos.

Irene, la madre de Sam, no sabía qué hacer con su hijo. Entendía las razones de su actitud y su comportamiento. Su hijo era

PERFECTOPÍA

fuerte, inteligente, luchador y sólo buscaba hacer el bien. «Sam es un buen chico», decía siempre con orgullo. Pero no compartía la forma en que canalizaba su rabia y su energía. Ella era de la vieja escuela y consideraba que las cosas se solucionaban trabajando duro. A pesar de ello, no se sentía capaz de reprocharle su actitud. Lamentaba desde lo más profundo del alma no haberle podido dar un mejor futuro y no podía evitar que él lo buscara.

Ella y Pedro, su marido, se habían mudado desde el sur del país a la gran ciudad hacía más de 30 años. Al llegar, montaron una pequeña ferretería con artículos de construcción en una de las ciudades dormitorio del suroeste de la capital. Irene llevaba las tareas del hogar y ayudaba a su marido en la tienda casi todo el día, pues el volumen de ventas no les permitía contratar a nadie. No vivían mal y el pan nunca faltó en la mesa. Consiguieron pagar el alquiler de la ferretería y la hipoteca del piso que habían adquirido encima de la misma. Fue allí donde se fraguó el interés de Sam por la construcción.

Sam acababa de cumplir 22 años. Era alto, delgado y fuerte. Su pelo castaño oscuro, que le ocultaba la mitad de la frente, contrastaba con unos profundos ojos de color gris claro que hacían juego con su blanca y radiante sonrisa. A pesar de ser bastante atractivo, su timidez no le había permitido tener demasiado éxito con las chicas hasta que conoció a Silvia, su actual novia. El chico había terminado los estudios de Arquitectura en tiempo récord. Desde pequeño siempre le encantó construir cosas. Podía pasarse horas y horas jugando con sus piezas de Lego en la trastienda de la ferretería. «A los seis años ya quería ser arquitecto y construir grandes edificios», contaba su madre a las amigas. Pero ese futuro tendría que esperar.

Sam, como muchos jóvenes de su edad, no encontraba trabajo. La crisis que azotaba Europa en general y España en particular se había cebado especialmente con el sector de la construcción. Él nunca quiso abandonar su vocación a pesar de los nubarrones laborales que existían sobre el mundo de la arquitectura desde el estallido de la

burbuja inmobiliaria en 2008. Nubarrones que siguieron manteniéndose incluso cuando empezó sus estudios en 2012. «Ya mejorarán las cosas cuando termine. Esto no puede seguir así muchos años», decía a sus padres cuando éstos le mostraban su preocupación por los estudios que había decidido cursar. Por otro lado, la carrera de Arquitectura, incluso en la universidad pública, no era barata y las ventas en la tienda se habían resentido como consecuencia de la crisis. Pero para no truncar las ilusiones de su hijo, Pedro e Irene decidieron pedir una nueva hipoteca sobre el piso en el que vivían con el fin de poder pagarle los estudios.

El joven agradeció el esfuerzo realizado por sus padres y estudió a conciencia consiguiendo sacar la carrera en los cuatro años programados. El día de la graduación, sus padres no cabían en sí del orgullo al ver lo que su hijo había conseguido. Irene no pudo contener la emoción y derramó alguna lágrima cuando Sam recogió el diploma de manos del rector de la Universidad Politécnica de Madrid. Lo había conseguido. Ahora era el momento de comerse el mundo.

Sin embargo, la situación en Europa a mediados de 2016 no era muy halagüeña ni permitía hacerse muchas ilusiones. A finales de 2013 y principios de 2014, hubo una leve mejoría que los gobiernos de los países más azotados por la crisis, entre ellos España, se esforzaron en vender como «el final» de la recesión. Nada más lejos de la realidad: La economía del continente se había hundido de nuevo en un profundo y oscuro agujero, mucho peor que el anterior.

Esta vez, la locomotora alemana, que había mantenido a flote el continente europeo entre 2009 y 2013, colapsó junto al resto de países. O, más bien, los arrastró.

Los países de Europa habían conseguido sobrevivir a la crisis durante los años anteriores sin realizar reformas de calado en sus anquilosadas estructuras económicas. A pesar de haber incrementado formidablemente los impuestos (el mayor peso de la crisis fue

PERFECTOPIA

soportado por los ciudadanos que aún conseguían conservar su empleo) y haber efectuado recortes en las materias que más afectaban a los propios ciudadanos (educación, sanidad, seguro de desempleo y pensiones, núcleo del conocido como Estado del Bienestar en Europa), la deuda pública de los países seguía creciendo de manera incontrolada. El desempleo, ya en tasas insoportables en los países periféricos hacia finales de 2013, descendía tan tímidamente que no conseguía aliviar las dañadas finanzas públicas. Aún así, parecía que la crisis había terminado y el optimismo comenzó a instalarse entre la población.

Pero las cosas se pusieron feas cuando Alemania empezó a destruir empleo. Las reformas laborales y económicas realizadas por la coalición de gobierno surgida tras las elecciones de 2013, así como el aumento del coste de la energía eléctrica a consecuencia del parón nuclear, destrozaron el tejido económico y las excelentes cifras de desempleo alemán, que fue aumentando paulatinamente hasta alcanzar el 14% a finales de 2015, cifra nunca antes conocida en el pasado reciente del país centroeuropeo. A pesar de los increíbles ingresos en materia de impuestos conseguidos por su Estado durante los años anteriores, su deuda pública sólo había crecido. Pero la fortaleza de la economía alemana había mantenido a los mercados financieros tranquilos, siendo su bono un valor refugio frente al deterioro financiero de los países del sur de Europa. Fue cuando su economía comenzó a destruir empleo, cuando empezó a propagarse la alarma entre los mercados financieros. No sólo el nivel de su deuda se situaba cercana al 100% del Producto Interior Bruto hacia finales de 2015; la exposición a los rescates de los países de la periferia, que durante los años anteriores los alemanes habían cargado sobre sus espaldas, contribuyó a que las dudas se instalaran sobre la capacidad del *Bundestag* de pagar su deuda. Debido a esto, el coste de financiación de la deuda alemana empezó a aumentar, lo que obligó a subir aún más los ya elevados impuestos. Todo esto provocó que se acelerara la destrucción de empleo y de tejido económico. En el último trimestre de 2015, Alemania entraba oficialmente en recesión.

El hundimiento de la economía alemana arrastró a las del resto del continente de norte a sur y de este a oeste. De nuevo, el dinero huía de los países, pero ahora no iba de unos a otros dentro del continente, sino que salía del mismo. Si el Euro había conseguido que Alemania mantuviera a flote al resto del continente durante los años de la primera crisis, ahora era la misma moneda única la que provocaba que el gigante alemán los empujara con él. Desde Finlandia a España y desde Irlanda a Italia, las economías empezaron a hundirse, los empleos se destruían y las empresas cerraban. Era una repetición de los años 2009 al 2012 a escala, ahora sí, continental. Ni siquiera los países externos a la zona euro consiguieron salvarse: Suecia y Reino Unido fueron también arrastrados dado que sus economías padecían los mismos síntomas. Las deudas públicas acumuladas por los países eran impagables.

Los gobiernos reaccionaron de nuevo torpemente, repitiendo las recetas que, creían, les habían salvado cinco años atrás. Siguieron subiendo los impuestos –que nunca habían bajado tras la anterior fase de la crisis–, emitieron más deuda y atacaron aún más los servicios que recibían los ciudadanos. El Banco Central Europeo comenzó a aplicar medidas de urgencia saltándose sus propios tratados y empezó a emitir dinero con el único objetivo de comprar deuda de los países miembros. Semejante autotransfusión monetaria incrementó la inflación y los precios comenzaron a subir a un ritmo no conocido desde hacía décadas en el continente europeo. Esto provocó el lógico descontento de la población, que siempre veía recaer sobre sí misma el peso de la crisis, mientras los gobiernos, los líderes políticos y los trabajadores de la administración pública seguían sin alterar su acomodado nivel de vida. Las manifestaciones y los disturbios se extendieron por toda Europa durante toda la primera mitad de 2016. Los populismos que habían dado lugar a la aparición de neonazis y partidos fascistas en Grecia y Hungría se fueron extendiendo por toda Europa del Este, Holanda, Austria y Francia, expandiendo también su ola de terror con atentados y asesinatos de inmigrantes y homosexuales. En el resto de Europa Occidental, fueron los

colectivos de izquierdas y los movimientos ciudadanos de protesta herederos de *Occupy Wall Street* los que resurgieron tras más de dos años de letargo con mucha más beligerancia que antes.

También en España, las manifestaciones que desde finales de 2013 parecían olvidadas empezaron de nuevo a tomar las calles de las principales ciudades. El mensaje era el mismo que cuatro años atrás, pero amplificado: Los ricos, los bancos, «las empresas explotadoras», el neoliberalismo y el capitalismo junto con políticos corruptos e ineptos eran los culpables de sus males. Esta vez el mensaje caló en un mayor sector de la población, ya que desde mediados de 2015 la crisis azotaba a mucha más gente. Las manifestaciones eran cada vez más multitudinarias y violentas. En los primeros seis meses de 2016, cinco personas habían perdido la vida sólo en España debido a la violencia; dos de ellas, agentes de las fuerzas de seguridad. Esto había incrementado no sólo la rabia de los manifestantes, sino también la represión violenta de la policía, alimentada por el miedo de sus miembros a caer en una emboscada de agresivos manifestantes durante los disturbios.

Así se llegó hasta julio, mes en el que los movimientos de protesta a nivel mundial habían coordinado acciones en las principales ciudades del planeta. Las manifestaciones estaban convocadas en casi todas las capitales de Europa. En Madrid, la manifestación partiría de distintos puntos para reunirse en los alrededores del Parlamento y, desde allí, rodear el Congreso. En este último edificio, los diputados estarían reunidos en sesión especial para debatir y aprobar unos presupuestos de emergencia que ayudarían a contrarrestar la grave situación económica.

La asistencia a las protestas había ido creciendo durante los últimos meses y ese jueves se esperaba que fuera la de mayor afluencia. Este hecho había suscitado preocupación en el Gobierno, que lanzó a todo su equipo de comunicación a intentar contrarrestar y deslegitimar la convocatoria en los medios de comunicación afines. Sin embargo, la tensión era ya demasiado elevada y ni siquiera sus

votantes confiaban ya en ellos. Las amenazas de conflicto social (e incluso posibilidad de guerra civil) lanzadas por algunos de sus principales altavoces mediáticos ya no asustaban a una población harta tras más de siete años de crisis interminable.

Sam fue el último en llegar. Ya estaban todos allí; la mayoría sentados sobre el suelo formando un círculo. En la mitad, algunos de los jóvenes permanecían en pie, entre ellos Silvia, la novia de Sam. El joven saludó a Silvia con la mano y se sentó detrás.

El calor en la sala donde se celebraba la reunión empezaba a ser sofocante. Dicha habitación se encontraba en un edificio abandonado en el corazón de la ciudad donde habían instalado su centro de operaciones. El sol del julio madrileño no perdonaba. La sequía que se había cebado con el país en los últimos tres meses y la polución del aire por culpa de la falta de lluvias, habían contribuido también a calentar el ambiente.

—Bueno, ahora que ya estamos todos, podemos empezar —dijo Silvia al auditorio y después dirigiendo su mirada hacia Sam, que agachó la cabeza.

Silvia era compañera de estudios de Sam en la Escuela de Arquitectura, aunque ella no había terminado todavía. Ya de niña, siempre se había caracterizado por tener un carácter fuerte y madera de líder. De hecho, se había convertido en una de las principales impulsoras de los movimientos de protesta en España, lo que le había costado pasar más de una vez por comisaría. Sin embargo, no era una persona amante de la violencia. Uno de sus mayores éxitos como cabeza visible de los movimientos había sido intentar mantener las protestas en un ambiente pacífico. Pero, en los últimos meses, este logro se había convertido en algo verdaderamente complicado de sostener debido a la tensión que reinaba en todo el país y que ya se había cobrado algunas víctimas.

Allí estaba el joven arquitecto, sentado entre la multitud y mirando orgulloso a su novia. Silvia era rubia con el pelo por encima de los hombros, delgada y no muy alta. No obstante, compensaba con su carácter y convicciones su falta de corpulencia. Sus ojos verdes eran cautivadores e intensos. Silvia creía, al igual que Sam y todos los allí presentes, que la situación política y económica del país sólo podría empeorar si se dejaba «a los de siempre» al mando. Por ello, se sentía obligada a hacer algo, como si una voz en su interior le estuviera gritando que salvara el mundo.

—Ya está todo organizado para mañana. La hora de salida de las distintas marchas será a las cinco. Nosotros partiremos desde el oeste. Los demás colectivos se encargarán de guiar a los manifestantes desde el norte, el este y el sur. El plan es llegar al centro a las siete de la tarde y, desde allí, repartir a la gente por todos los alrededores del Parlamento impidiendo la salida a los diputados.

Entre los asistentes se alzó una mano:

—¿Sí, Laura?

—¿Cuánto tiempo debemos permanecer allí?

—Hasta que sea necesario —contestó Silvia—. Los parlamentarios tienen prevista la salida del Congreso en torno a las ocho de la tarde tras la votación de los presupuestos. Aunque todo esto dependerá de lo que se extiendan en el debate que, por cierto, se prevé intenso. El plan es evitar que salgan. El equipo negociador de Jorge —dijo señalando al chico de su derecha— ya ha redactado los papeles que entregaremos a los diputados. Contamos con el apoyo de los parlamentarios de izquierdas del Congreso, que intentarán que el Gobierno acceda a nuestras peticiones.

—¿Y si la policía carga contra nosotros como en ocasiones anteriores para abrir el camino a los coches oficiales? —preguntó Sam.

—Ya sabéis todos que la consigna es «no violencia». Tened vuestras cámaras y móviles preparados para grabarlo todo. Tenemos el compromiso de la Delegación del Gobierno de no cargar si no hay

provocaciones. Pero aún así, si empiezan a cargar contra los manifestantes sin mediar ninguna provocación, la orden es sentarse en el suelo y ejercer la resistencia pasiva. Si la policía carga contra gente indefensa sentada en el suelo, habrá suficientes evidencias audiovisuales como para tumbar al Gobierno; y eso es otra forma de victoria. Se esperan más de un millón de personas. No hay suficientes efectivos de policía en todo el país para detenernos a todos. Además, tampoco les daremos motivos. ¿Está claro? –preguntó a la multitud–. Si aparecen radicales, la estrategia es la misma de siempre: Abrir un círculo alrededor de los violentos y aislarlos. De esta forma, la policía los podrá reconocer fácilmente y diferenciarlos del resto de manifestantes pacíficos. Este es el mensaje que debemos transmitir a los ciudadanos conforme vayan llegando. Además, está escrito en los papeles que hemos preparado –dijo señalando los folios impresos–. Insisto, debemos intentar por todos los medios que sea una manifestación pacífica.

Sam asintió satisfecho por la respuesta de su novia. Él no tenía la misma madera de líder que Silvia y estaba orgulloso de ella. «Vas a salvar al mundo tú solita», le decía al oído en los momentos de intimidad.

–Si no hay más preguntas, ahora nos dividiremos en los distintos equipos para repartir el material y las tareas organizativas de mañana –dijo Jorge dando por terminada la reunión.

La multitud –en torno a cincuenta personas–, se levantó del suelo y hormigueó organizadamente hacia distintas salas donde continuarían con la preparación de la manifestación. Silvia se dirigió hacia Sam y le dio un beso.

–Pensaba que no llegarías –dijo la joven.

–Ya sabes que madrugar no es lo mío. Soy un alma nocturna –le dijo Sam sonriendo–. Además, mi madre está entrando en modo pánico por lo de mañana y hemos tenido una pequeña discusión.

–Es normal, está preocupada. No deberías ser tan duro con ella.

PERFECTOPIA

–Ya lo sé, pero es que me sigue tratando como si fuera un niño y yo ya no soy un niño. Sé cuidar de mí mismo –exclamó Sam indignado.

–Sí eres un niño –le dijo Silvia sonriendo mientras lo rodeaba con sus brazos.

Sam dibujó una sonrisa en la cara, rodeó la cintura de Silvia con los brazos, se acercó a su oído y le susurró: «¿Seguro?». Y la besó.

En la oficina de la Delegación del Gobierno estaba siendo un día bastante atareado. La Delegada del Gobierno se encontraba reunida con el Director de la Policía Nacional y el Comisario Jefe. Estaban ultimando los detalles del plan para intentar contener la manifestación del día siguiente, pero no iba a ser fácil. A pesar de los mensajes apocalípticos infiltrados en la prensa para intentar asustar a los manifestantes y que desistieran, la participación en la manifestación se esperaba masiva. Efectivos de policía de todo el país habían sido desplazados a Madrid como parte de la «Operación Escudo», que se iniciaría al día siguiente desde primeras horas de la mañana. La Delegada del Gobierno respondió al sonar el teléfono:

–Delegada del Gobierno. Hola señor Presidente. Sí, quería hablar con usted. Sí, en estos momentos estoy reunida con la cúpula de la policía discutiendo el plan para mañana. Según los últimos informes policiales, el escenario que esperamos no es demasiado halagüeño, como ya le he comentado en repetidas ocasiones. Ya sé que no quiere ceder al chantaje de los colectivos organizadores, pero sigo pensando que lo mejor sería suspender la sesión de mañana. Al no haber nadie dentro del Congreso, los manifestantes se acabarán cansando y yéndose a su... Sí, señor Presidente. Por supuesto, estamos preparados para contener a los manifestantes. ¡Sin ninguna duda! Intentaremos que los agentes no tengan que intervenir y evitar dañar en lo menos posible su imagen de cara a las elecciones del año que viene. Pero tenga en cuenta que deberán actuar si se producen brotes

de violencia –tomó aire–. Eso, señor Presidente, no puedo pedírselo a la policía. No sólo tienen que defender el Parlamento, sino que también tienen que defenderse a ellos mismos. De acuerdo, señor Presidente, se lo transmitiré. Sí, señor Presidente. No se preocupe, todo está bajo control. Por supuesto, señor presidente. Adiós.

La Delegada del Gobierno colgó el teléfono lentamente.

–No quiere suspender la sesión de mañana –anunció a los presentes–. Dice que, de no aprobarse los presupuestos de emergencia, el país podría ponerse al borde de la bancarrota, forzar la intervención de Europa y perder el control. Eso sería su sentencia de muerte de cara a las elecciones. Aunque, de todos modos, ya en estos momentos las encuestas electorales no le son nada favorables.

–¡Pero es una locura! ¡La situación es de alta tensión! –explotó el Comisario Jefe de la Policía–. ¡Para que él no se juegue las elecciones mis agentes se van a jugar la vida!

–Lo entiendo, pero ahora mismo sólo piensa en las elecciones.

–¡Pero si hay una masacre va a ser peor para su imagen y le va a costar todavía más votos!

–Él no quiere que haya una masacre. Dice que tenemos que hacer todo lo posible por no intervenir y, en caso de hacerlo, usar los medios menos violentos posibles: Cañones de agua y gas lacrimógeno, sobre todo. Considera que si la manifestación de mañana se disuelve pacíficamente y se aprueban los presupuestos, su imagen saldrá fortalecida. Es política.

–Es una política que puede costar vidas si algo sale mal –intervino el Director General de la Policía.

–No debería salir nada mal –dijo la Delegada del Gobierno–. Ya hemos aprendido de los errores de pasadas manifestaciones y sabemos cómo actuar.

–Es política... –rió el Comisario Jefe con cierta ironía– ¿Política es mantenerse alejado de la realidad? Incluso aunque mis agentes

PERFECTOPÍA

utilicen medios no violentos para disolver a los manifestantes, incluso aunque no hubiera violentos entre ellos, ¿cómo pretende que dispersemos a más de un millón de personas? ¡En el momento que lo intentemos se puede producir una avalancha humana que provoque una masacre!

–Esas son las órdenes –sentenció la Delegada del Gobierno–. Ah, por cierto, el Presidente también pide que los agentes no respondan a las provocaciones y que se defiendan de forma no violenta si son atacados. ¿Puede transmitírselo a sus agentes, por favor?

El Comisario Jefe se puso de pie y, visiblemente alterado, gritó:

–¡De ninguna manera le voy a decir a mis agentes que no se defiendan! ¡Jamás!

–Es una orden de la Presidencia del Gobierno –dijo la Delegada sin demasiada convicción.

–¡No es una orden! ¡Es una petición de suicidio! –el Comisario Jefe hizo una pausa e intentó calmarse–. Le transmitiré el mensaje a mis hombres, pero no le garantizo que lo cumplan. Buenos días, señora Delegada.

–Buenos días.

El Comisario Jefe abandonó la reunión sin el saludo de rigor.

–Que Dios se apiade de nosotros mañana –dijo el Director de la Policía Nacional mientras abandonaba el despacho.

La Delegada del Gobierno hundió su cabeza entre las manos.

La mañana del jueves 7 de julio Sam se levantó eufórico. El día había llegado. De lo que pasara hoy podía depender el futuro de todo un país y él esperaba formar parte de ello. A diferencia de cualquier otro día, se levantó temprano, recogió la habitación, se duchó, se vistió, preparó el desayuno e incluso fregó los platos antes de que su

madre le dijera nada. Tenía que reunirse con Silvia a las diez para empezar a organizarlo todo y esta vez no podía llegar tarde. Iba a ser un día largo y lleno de emociones.

Su madre no estaba tan eufórica. Cuando Sam se disponía a marchar, lo llamó desde la cocina.

–Samuel, ¿puedes venir un momento?

–Mamá, no puedo llegar tarde. Todos me están esperando –dijo Sam con cierta impaciencia.

–Hijo, tengo que pedirte una cosa. Y te ruego que escuches con atención –la voz de su madre se tornó grave. Sam lo notó y se acercó en silencio.

–¿Qué pasa mamá?

–Sam, te pido que hoy no vayas a la manifestación –Irene hizo una pausa mientras veía cómo la expresión en la cara de su hijo iba cambiando–. Puedes ir ahora a ayudar a tus amigos a organizarlo todo, pero me gustaría que, cuando empezara la manifestación, estuvieras en casa. Tengo un muy mal presentimiento sobre...

–¡Mamá! ¡Cómo puedes pedirme eso! –interrumpió Sam indignado–. ¡Sabes que no puedo abandonarlos ahora, a Silvia, a todos los demás! ¡Quedaría como un cobarde! ¿Y sólo porque tú tienes un presentimiento?

–Samuel, por favor...

Sam intentó controlarse:

–Mamá, no me creo que me estés pidiendo esto. No me lo creo. Sabes el esfuerzo que he puesto en todas estas protestas y ahora, en el día clave, ¿me pides que abandone? ¿Cómo puedes pedirme algo así?

Sam miró a su madre esperando una respuesta, pero ante la ausencia de la misma, se giró para marcharse.

–Samuel... –su madre se acercó y le cogió la cabeza entre las manos. El joven apreció el brillo de sus ojos humedecidos–. Estoy

PERFECTOPIA

preocupada por ti. En las noticias han dicho que se espera que haya mucha violencia. Tengo miedo de que te pase algo porque, si te pasara, no podría, no podría...

–Mamá –interrumpió Sam conciliador–, ya sabes que siempre tengo mucho cuidado y me mantengo alejado de los disturbios y, sobre todo, de la policía. He ido a decenas de manifestaciones y siempre he vuelto sin ningún rasguño. No me va a pasar nada. Lo sabes.

Su madre lo miró a los ojos y se rindió:

–Está bien. Pero, por favor, ten mucho cuidado. Eres rápido. Si hay problemas, corre. No te esperes a ver qué ocurre. Y vuelve a casa esta noche. Te esperaré despierta –le dijo mientras le daba un beso en la frente.

–Tranquila mamá, te iré informando con mensajes. Como habrá mucha gente, no creo que pueda llamar, pero te mando mensajes, lo prometo. Tendré cuidado.

Retiró las manos de su madre y se salió por la puerta de la casa. Irene se quedó de pie, en la cocina, viéndolo marchar. Cuando Sam cerró la puerta, su corazón se congeló.

Todos se sorprendieron cuando Sam llegó al centro de operaciones antes de tiempo.

–¡Vaya! Pensé que tendría que esperarte hoy también –le dijo Silvia para meterse con él.

–Pues ya ves, aún soy capaz de sorprenderte –le guiñó el ojo y la besó.

–¿Qué tal con tu madre? –le preguntó su novia.

–Bueno, lo de siempre: Que tenga cuidado, que mejor que no viniera... Pero bueno, creo que la he dejado tranquila.

Silvia le sonrió, lo llevó de la mano a la mesa donde tenía un plano de la ciudad y comentó al grupo de ocho o nueve jóvenes que rodeaba la mesa:

–Bien, como ayer ya repartimos las tareas y el material, hoy sólo tenemos que montar y pintar nuestras pancartas y carteles antes de irnos al punto de partida. Deberíamos estar aquí a las tres –señaló en el mapa una estación de Metro al oeste de la ciudad–, dos horas antes de que parta la manifestación, para ir orientando a los manifestantes que vayan llegando, repartirles el material y lo más importante: Darles las instrucciones de cómo actuar en caso de que la policía cargue o de que haya manifestantes violentos. En cuanto terminemos de montarlo todo, comeremos. Los de las Juventudes Comunistas nos han traído bocadillos pagados por su partido. Venga, manos a la obra.

La mayoría de carteles ya venían impresos con los lemas elegidos para la manifestación: «Capitalismo criminal», «Neoliberalismo no - Estado del Bienestar sí», «Fuera banqueros y políticos corruptos», etc. En otras pancartas de tela más grandes pintaron con spray inscripciones del mismo estilo, a juego con la pancarta de plástico que llevarían al frente de la manifestación. Como a Sam se le daba muy bien dibujar, fue el encargado de escribir y decorar la frase de dicha pancarta. Tras una hora esmerándose, la pancarta resultante parecía una auténtica obra de arte. «Gobierno dimisión. Fuera presupuestos neoliberales», rezaba el lema con letras en distintos colores degradados y dibujos que aludían al Parlamento, bancos y banqueros. También había un zapato dando un puntapié a una caricatura del Presidente del Gobierno.

Tras varias horas de preparación, comieron los bocadillos y los refrescos que les habían llevado y se dispusieron a partir para la manifestación cargados con todo el material. Cuando Sam vio todo lo que tenían que transportar y el calor que hacía fuera (el reloj marcaba casi las dos de la tarde) exclamó riéndose:

–¡En estos momentos es cuando me gustaría tener coche!

PERFECTOPÍA

Ante las caras de reproche de algunos de sus amigos, Silvia intervino:

–No cariño, vamos en transporte público.

–Era broma ¿eh? –dijo Sam levantando las manos a modo de rendición.

El camino no fue fácil. Afortunadamente en el Metro no había mucha gente a esa hora, pero hacía varios meses que ya no había aire acondicionado en los vagones debido a los recortes decretados por el gobierno regional y el calor era insoportable. Cuando llegaron a su destino, Sam llevaba la camiseta totalmente empapada de sudor. Pero no se quejó.

Caía un sol de justicia. Las altas temperaturas de julio iban a complicarles la tarea. Sam depositó la pancarta principal debajo de un árbol y se sentó a fumar a la sombra para descansar un poco. Silvia se sentó a su lado, sobre una caja llena de papeles informativos, y le cogió el cigarro.

–Teníamos que haber hecho esta manifestación global en abril. ¿A quién se le ocurre hacerla en julio? –protestó Sam.

–Ten en cuenta que en el resto de Europa en abril la meteorología no permite organizar manifestaciones de éxito –le dijo guiñándole el ojo y acercándole una botella de agua fresca. Sam se la bebió por completo de un trago.

–Está bien. Voy a escribirle a mi madre que no voy a morir por golpes de la policía sino deshidratado.

Silvia se rió y continuó fumando. Sam observaba pensativo al resto de amigos que organizaban el material y repartían las instrucciones a los primeros que se habían acercado.

–¿Crees que habrá problemas hoy? –preguntó a Silvia.

Silvia pensó un momento, dio un par de caladas más y contestó:

—Desde luego, no va a ser un día fácil. Pero al Gobierno no le interesa que haya escenas de violencia inundando los medios internacionales e Internet. Las elecciones son el año que viene. No se lo puede permitir. Tranquilo, todo saldrá bien.

Silvia apagó el cigarro y besó a Sam en la mejilla. Se puso en pie y se dirigió a un grupo de jóvenes que acababa de llegar.

Sam se encendió otro cigarro y continuó fumando allí sentado, pensativo. «¿Cómo hemos llegado a esto?», se preguntaba. En el fondo, él no era un chico de acción. Solamente quería vivir y pasarlo bien con sus amigos. Había crecido en un entorno en el que, con los avatares normales de la vida, todo parecía relativamente fácil. En un país donde la mayoría de los servicios proporcionados por el Estado no suponían prácticamente coste para el ciudadano por su uso, se vivía bien, la verdad. Aún así, como muchos jóvenes de su edad, no soportaba las injusticias ni las desigualdades sociales. Tenía especial aversión hacia los ricos y no podía ver a los niños pijos que lo tenían todo sin haber hecho nada para conseguirlo. Le dolía mucho ver a los indigentes y, siempre que podía, les daba un poco de dinero. No se explicaba cómo podía haber gente que lo tenía todo y gente que no tenía nada. Consideraba que el mundo estaba mal repartido y que todo estaba en manos de un 1% de ricos y poderosos, de banqueros y empresarios, mientras el 99% vivía a duras penas, mendigaba o incluso moría de hambre. Por eso, cuando los gobiernos comenzaron a recortar en los servicios que abastecían a la mayoría de los ciudadanos, se puso en pie de guerra. No podía quedarse quieto. Mientras los ricos eran cada vez más ricos y tenían fortunas en paraísos fiscales, los pobres eran cada vez más pobres. Además, para colmo, ¿ahora les recortaban servicios básicos como educación y sanidad? No. Ni un paso más. Ni un solo suicidio más por desahucio. Ni un recorte más. Y así es como empezó a movilizarse desde mediados de 2010 con dieciséis años recién cumplidos. En la universidad, conoció a Silvia y ambos se radicalizaron. Juntos querían luchar contra ese enemigo informe e indefinido denominado capitalismo para conseguir un mundo más justo y mejor para vivir.

PERFECTOPIA

Ese enemigo que mataba de hambre a millones de personas en todo el planeta. Ese enemigo que permitía a las empresas contaminar ríos y mares. Ese enemigo que construía en parajes naturales y acababa con los bosques del planeta. Ese enemigo que vendía las medicinas a precio de oro en países del tercer mundo mientras la gente moría por no poder pagarlas. Ese enemigo que estaba acabando con las tiendas de barrio, como la de sus padres, mientras los grandes centros comerciales abrían todos los días de la semana explotando a sus trabajadores. Lo tenía muy claro: Había que acabar con ese enemigo.

En torno a las cuatro de la tarde, varias decenas de miles de personas ya se habían concentrado en el parque donde daba comienzo la manifestación desde el oeste. Los amigos de Sam y Silvia no tenían ni un momento de respiro. Se encontraban repartiendo el material y dando instrucciones a través de megáfonos. Varios coches de policía vigilaban desde el otro lado de la calle. Un grupo de tres agentes se acercó y uno de ellos preguntó:

—¿Quién está al mando aquí?

—Yo, señor agente —contestó Silvia dando un paso al frente.

—Venga un momento con nosotros —ordenó el policía.

Sam la sujetó del brazo para que no fuera, pero ella lo miró, retiró el brazo y le dijo:

—Tranquilo, no pasa nada.

Silvia se acercó al resto de coches de policía. Su novio observaba desde la distancia cómo hablaba con cuatro agentes. Parecía que la conversación era tranquila. A los pocos minutos Silvia volvió:

—Nada, sólo querían saber si conocíamos las normas a seguir para la manifestación: No salirnos del recorrido acordado por la Delegación del Gobierno y demás. Tareas de rutina. Les he dicho que no se preocupen que intentaremos que todo transcurra con la mayor

tranquilidad, pero que eso también dependía de ellos. Me han dicho que ellos son los menos interesados en que haya problemas.

–Bueno, ellos van armados y nosotros no –comentó Sam con escepticismo.

–Pero nosotros somos más –le dijo Silvia guiñándole el ojo.

Cuando el reloj marcó la hora de inicio de la convocatoria, ver dónde acababa la masa humana de manifestantes era imposible. Efectivamente, los ciudadanos habían decidido acudir de forma multitudinaria. Familias enteras con niños, ancianos y adolescentes iban ataviados con pancartas y carteles y gritando consignas de protesta. Los organizadores, con Silvia a la cabeza, daban instrucciones a través de los megáfonos. La policía ya había cortado el tráfico cuando la manifestación comenzó a circular por una de las arterias de la ciudad rumbo al Congreso. Sam iba junto a Silvia y estaba pletórico al ver la respuesta de la gente:

–Esta vez sí que lo conseguimos –le dijo a Silvia cogiéndola de la mano y sonriéndole. Silvia le contestó con una sonrisa, sin decir nada.

Conforme la manifestación iba avanzando, más gente se iba sumando. Los organizadores daban órdenes a la gente que llegaba para que se uniera al final de la misma. A través de *Twitter* y *Facebook*, Sam subía fotos e informaba a Silvia de cómo transcurrían las otras ramas de la manifestación. Llegaban informaciones de varios incidentes aislados entre la policía y algunos manifestantes, pero no parecían graves.

A mitad del trayecto, Sam observó a algunos jóvenes vestidos de negro con pañuelos al cuello, mochilas que parecían bastante cargadas y carteles con lemas mucho más agresivos que los preparados por la organización: «Muerte al gobierno fascista» y «Capitalista bueno, capitalista muerto» eran algunas de sus pancartas. Sam se lo advirtió a Silvia:

PERFECTOPÍA

–Esos llevan pañuelos al cuello y hace un calor horrible. Son para taparse la cara. La van a liar.

Silvia los miró y se fue a hablar con ellos. Sam la detuvo:

–Pero, ¿qué haces? Es mejor que vayan Hulk y el resto del equipo de seguridad de la manifestación.

Hulk, el que coordinaba las tareas de seguridad de la manifestación, era un ex portero de discoteca de casi dos metros de alto por uno de ancho. Con él iban seis *rottweilers* (así llamaban a los miembros de su equipo) que se encargaban de que nadie se excediera durante la marcha.

–Tranquilo, no van a pegar a una chica delante de todo el mundo –comentó Silvia.

–Voy contigo –le contestó Sam.

Ambos se acercaron al grupo de chicos de negro. Silvia se dirigió al grupo:

–Hola. Perdonad pero tengo que pedirlos que, por favor, abandonéis la manifestación. Vuestros lemas no tienen nada que ver con los defendidos en esta marcha.

Uno de ellos, el más alto y delgado, rapado y con una cresta le contestó:

–¿Qué pasa? ¿La calle es tuya o qué?

–No, pero no sois bienvenidos en esta manifestación –contestó Silvia.

En seguida, los que los rodeaban se percataron de lo que estaba ocurriendo y comenzaron a gritarles: «¡Fuera! ¡Fuera! ¡No queremos violentos en la manifestación! ¡Fuera!». El joven que hablaba con Silvia le hizo un gesto a los demás y, mientras se giraba, le dijo a Silvia:

–De acuerdo, nos vamos. Pero ya nos veremos... zorrita.

–¿Qué has dicho? –saltó Sam.

El joven de negro sonrió:

–¿Qué pasa? ¿La zorrilla es tu novia?

Sam se dirigió hacia él con la intención de atizarle un puñetazo mientras el otro parecía estar esperándolo:

–¡Hijo de puta, te vas a enterar! –gritó Sam.

Silvia y otros manifestantes sujetaron a Sam. «Sam, déjalo», le dijo Silvia intentando tranquilizarle. Los jóvenes se dieron la vuelta y abandonaron la manifestación.

–Le voy a abrir la cabeza. Si me lo vuelvo a cruzar le abro la cabeza, lo juro –murmuraba Sam mientras volvían a la cabecera de la manifestación.

–Tranquilo. No ha pasado nada y ya se han ido –lo tranquilizó Silvia que le cogió de la mano y lo besó.

El resto de la manifestación transcurrió con normalidad. Hacia el final de la convocatoria, se produjeron altercados cuando algunos manifestantes intentaron romper a pedradas las lunas de algunos bancos y tiendas de grandes cadenas multinacionales. La policía detuvo a los violentos y la manifestación siguió su curso. Según las imágenes aéreas captadas por los helicópteros de los medios de comunicación, cuatro mareas humanas de cerca de trescientas o cuatrocientas mil personas se dirigían hacia el centro de la ciudad. La convocatoria había sido todo un éxito. La masa de gente ocupaba varios kilómetros de avenida. Los informes que llegaban de las manifestaciones en otras ciudades arrojaban cifras similares en París, Londres y Berlín. La movilización había triunfado.

Las redes sociales bullían de actividad y apenas funcionaba Internet en los móviles debido a la elevada concentración de gente.

–Estoy intentando mandarle un mensaje a mi madre y nada, no hay forma. Ni siquiera mensajes de texto –se quejó Sam.

—Esto es como la Puerta del Sol en Nochevieja —bromeó Silvia.

A las siete de la tarde, las cuatro marchas ya estaban a escasos centenares de metros del Parlamento. Las instrucciones eran claras: Cada cabecera debía situarse en las calles que rodeaban la sede de la soberanía nacional, mientras que el resto de manifestantes tenía que agolparse detrás cerrando herméticamente el paso por cualquier vía.

—¡Los diputados van a tener que abandonar el Congreso en helicóptero! —rió eufórico Carlos, un amigo de Sam.

A las siete y media de la tarde, la marea humana de más de un millón de personas rodeaba el Congreso de los Diputados. No había forma de entrar ni de salir. Frente al cordón de seguridad establecido por la policía y por los agentes de operaciones especiales —equipados con todo tipo de material antidisturbios, tanques de agua y rifles de pelotas de goma—, se situaron las cuatro pancartas de cabecera. De esta forma, los organizadores se aseguraban de que nadie intentara saltarse el cordón policial.

—Ahora a esperar. Si quieren salir, tendrán que hablar con nosotros y acceder a nuestras peticiones —comentó Jorge, el coordinador del equipo legal y uno de los líderes que ya había estado en contacto con algunos parlamentarios de izquierdas del Congreso—. Tienen mi teléfono. Cuando quieran, que me llamen.

—Estoy seguro de que lo harán. No se esperaban semejante respuesta ciudadana. Tienen que escucharnos. Esta vez, sí —sentenció Silvia.

—¡Hemos ganado! —exclamó Sam emocionado.

—No, aún no —le dijo Silvia sonriendo—, pero estamos cerca.

Las siguientes dos horas transcurrieron con relativa normalidad. Desde el otro lado del cordón policial aparentemente también reinaba la calma. Las instrucciones de evitar la violencia a toda costa se hacían palpables. Los cánticos y los gritos de protesta se alternaban con los mensajes emitidos desde los megáfonos por los organizadores. La

espléndida noche de julio estaba llegando y aliviaba un poco el calor que había azotado a los manifestantes desde el inicio de la marcha.

–Toma, tienes que estar hambrienta –le dijo Sam a Silvia acercándole un bocadillo envuelto en papel de aluminio.

–Gracias –contestó Silvia–. Con tanta emoción me he olvidado de comer.

En torno a las once de la noche, el cansancio empezaba a hacer mella en los manifestantes, pero muy pocos habían abandonado. Desde el otro lado de la barrera policial, no se apreciaba ninguna actividad. «¿Es que no van a salir nunca?», se quejaban algunos manifestantes.

Dentro del Congreso no tenían ninguna prisa por terminar. Estaban bastante entretenidos en el debate:

–Escuche los gritos del pueblo, señor Presidente. ¡Escúchelos! Han venido hasta aquí para decirle que se vaya. Le conminamos a que disuelva las Cortes y convoque elecciones de inmediato. ¡El país ya no aguanta más! ¡Estos presupuestos suponen la gota que ha colmado el vaso de la paciencia de los ciudadanos! Reciba usted a los manifestantes aquí y ahora, señor Presidente –gritaba desde su escaño un diputado de izquierdas al Presidente del Gobierno, que en ese momento ocupaba la tribuna de oradores.

–Somos un país fuerte y serio –le contestó calmadamente el Presidente del Gobierno–, con unas estructuras democráticas robustas que conseguirá salir de la crisis como también lo harán los demás países de Europa. Yo tengo confianza y mi Gobierno no va a ceder al chantaje de los que quieren demoler el edificio democrático que entre todos hemos construido.

Las últimas cuatro horas de debate habían sido un ir y venir de reproches, pronósticos catastróficos por parte de los parlamentarios

PERFECTOPÍA

de la oposición y negación de la realidad por parte del Gobierno. No parecía que, en las próximas horas, el tono del debate fuera a cambiar.

–Un café por favor –pedía un parlamentario al camarero de la cafetería del Congreso.

–Sí, esta noche va a ser larga –comentó otro parlamentario de distinto partido que se sentaba a su lado–. El Gobierno ha dado instrucciones de que no abandonemos el edificio hasta que el desalojo de manifestantes se pueda realizar de forma segura. No está dispuesto a correr ningún riesgo.

–Pues espero que los de fuera se cansen pronto, estas horas extras no nos las pagan –contestó riéndose el primer parlamentario mientras sorbía su café.

–Bueno, se acabarán yendo porque mañana tendrán que madrugar para trabajar. ¡Ah no, que están en paro! –comentó el segundo.

Ambos rieron.

En el exterior del Congreso, la manifestación no tenía visos de disolverse. La mayoría de la gente estaba sentada sobre el suelo charlando tranquilamente mientras otros manifestantes gritaban cánticos de protesta. Silvia tenía la cabeza apoyada en el hombro de Sam y observaba las estrellas. El cielo estaba precioso y hacía una perfecta noche de verano. Mirando las estrellas recordaba cómo pasaba las noches de verano antes, cuando todo iba bien. En el parque del barrio, bebiendo y charlando con los amigos hasta el amanecer. O paseando con Sam. Quería volver a hacerlo, volver a la vida normal. A pesar de estar inmersa hasta las orejas en todas las protestas, ella sólo quería tranquilidad. Para ello, había que luchar y ganar esta guerra; y hacerlo rápido.

Mientras observaba el firmamento, algo que parecía una estrella fugaz surcó el cielo. Pero era demasiado grande. Silvia se levantó de

un salto, miró hacia atrás y se le heló la sangre. Eran los extraños jóvenes de negro que por la tarde ella había obligado a abandonar la manifestación. Tenían la cara cubierta por los pañuelos. El más alto la miró y le guiñó un ojo. Sam vio su cara de terror y le preguntó asustado desde el suelo: «¿Qué pasa?».

Silvia se giró hacia el vallado de seguridad y vio el horror comenzar. El cóctel molotov impactó en la barrera y, al romperse la botella, el líquido inflamable ardió y alcanzó a varios agentes que se vieron sumidos en las llamas. Una lluvia de bombas incendiarias empezó a caer desde distintos puntos de la manifestación sobre algunos vehículos policiales. El fuego se propagó rápidamente por el perímetro ocupado por las fuerzas de seguridad.

Mientras algunos policías intentaban sofocar las llamas sobre sus compañeros, otros empezaron a huir por los accesos que dejaba el vallado de seguridad. Los policías comenzaron a disparar a ciegas gases y balas de goma para desalojar a la multitud. Para entonces, los manifestantes más próximos al vallado de seguridad ya se habían puesto de pie y el caos había comenzado. La estampida de las miles de personas que se encontraban en las primeras filas pilló desprevenidos a los que estaban sentados. Muchas personas apenas habían tenido oportunidad de ponerse en pie cuando la masa humana les pasó por encima, aplastándolos. Centenares de ciudadanos quedaron atrapados bajo los pies de los que huían. En las primeras filas, donde los incidentes habían comenzado, no se podía ver nada debido al humo de los gases lacrimógenos. Las detonaciones de los rifles de pelotas de goma empezaron a oírse por todas partes. Sam y Silvia no habían tenido tiempo de reaccionar cuando la marea de personas los arrastró.

—¡Silvia! ¡Dame la mano! ¡Rápido! —gritaba Sam que intentaba alcanzar a su novia mientras la estampida lo empujaba.

—¡Sam! ¡Sam! —gritaba Silvia cegada por los gases lacrimógenos.

Uno de los coches policiales alcanzados por las llamas explotó y el vallado voló por los aires. Los restos de la alambrada alcanzaron a varios agentes y manifestantes. El caos era absoluto. Sam consiguió

PERFECTOPIA

zafarse de la multitud e intentó localizar a Silvia. La encontró en el suelo, de rodillas. Tenía las manos en la cara y le costaba respirar.

—¡Silvia, vamos, rápido! ¡Dame la mano y salgamos de aquí! —el joven la agarró y empezaron a correr en dirección opuesta a las llamas junto con otros manifestantes. Mientras huían, una de las pelotas de goma lanzadas por la policía alcanzó a Sam en la pierna y este cayó al suelo. Silvia, que se había soltado de su mano, estaba siendo arrastrada por el resto de la gente.

—¡Sam! ¡Sam! —gritó desesperada intentando abrirse paso entre la gente que corría. Sam yacía en el suelo retorciéndose de dolor.

—¡Vete! ¡Vete! ¡Corre! ¡Sal de aquí! —le gritaba su novio desde el suelo.

Cuando Silvia logró llegar junto a Sam, un grupo de agentes estaba muy cerca golpeando con las porras antidisturbios a todo lo que se movía. La confusión y el nerviosismo de la policía era evidente y ya no era momento de distinguir entre manifestantes pacíficos y violentos. Cuando Sam se intentó incorporar, recibió un golpe en la espalda. Cayó al suelo, levantó la cabeza y estiró la mano hacia Silvia. Lo siguiente que Sam sintió fue un dolor muy profundo en la cabeza, producto de otro golpe del policía que estaba encima de él.

—¡Dejadlo! ¡Dejadlo en paz! ¡Sam!

El grito desgarrado de Silvia fue lo último que escuchó.

CAPÍTULO SEGUNDO

El Gran Caos

Diario del País

Diario global

Viernes 8 de julio de 2016

MASACRE

Más de un centenar de fallecidos y miles de heridos es el saldo que se han cobrado los graves disturbios ocurridos ayer en los alrededores del Congreso de los Diputados. El suceso se produjo cuando un grupo de violentos no identificado arrojó varios cócteles molotov contra el cordón policial que protegía al edificio. Ante el ataque, los efectivos de la policía lanzaron gases lacrimógenos y empezaron a cargar violentamente contra los manifestantes de forma indistinta. El desconcierto provocó la estampida de cerca de un millón de personas que se encontraban concentradas en los alrededores del Congreso. A estas horas, los fallecidos ya son 126; 24 de ellos eran menores de edad y 6 de éstos, niños. La mayoría de muertes se produjeron por asfixia tras ser aplastados por la masa de gente

que huía del fuego y la policía. En estos momentos, los heridos se cuentan por miles y han sido repartidos por todos los hospitales de la ciudad. También hay numerosos heridos graves, por lo que el saldo de víctimas podría aumentar en las próximas horas. Dos policías que fueron alcanzados por las llamas se debaten entre la vida y la muerte, con quemaduras de tercer grado. Otro policía murió al ser atacado con barras de metal por un grupo de violentos.

El Gobierno ha declarado tres días de luto oficial por esta tragedia y se ha mostrado consternado por el balance de víctimas.

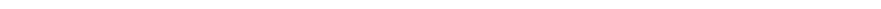
"Estamos abatidos ante la tragedia. El Gobierno pondrá todos los medios a su alcance para ayudar a las víctimas y a las familias que han perdido a sus

seres queridos. Haremos lo inimaginable para llevar ante la Justicia a los culpables. Los ciudadanos pueden confiar en su Gobierno", ha declarado el Presidente del Gobierno.

Sin embargo, muchos de los manifestantes culpan de la masacre a la violenta carga policial y al Gobierno. "No nos dieron tiempo a levantarnos y desalojar la zona. Yo estaba sentada y, de repente, un montón de gente empezó a pasarme por encima", cuenta desde el hospital una de las supervivientes. Por su parte, la policía defiende la actuación de sus agentes: "Nos estaban atacando y tuvimos que

responder. No podíamos hacer otra cosa. Los agentes actuaron con profesionalidad", ha declarado el Comisario Jefe de la Policía desde el hospital donde están ingresados los dos agentes heridos por el fuego. Sin embargo, el hecho de que varios de los fallecidos murieran por golpes de la policía, parece contradecir esta versión.

La policía busca a los culpables de la tragedia y pide la colaboración ciudadana para poder identificarlos. Las cámaras de seguridad instaladas en la zona no han conseguido identificarlos, ya que llevaban el rostro oculto.



Fue Silvia quien llamó a Irene desde el hospital para darle las malas noticias. Los padres de Sam habían intentado contactar con su hijo insistentemente desde que la noticia de los disturbios saltó a los medios de comunicación, pero Sam no contestaba. La llamada de Silvia confirmó sus peores presagios. Irene se hundió en el suelo entre gritos y lágrimas mientras el padre de Sam, intentando hacer acopio de toda su entereza, trataba de consolar a Silvia que lloraba desde el otro lado de la línea.

No hay nada peor en el mundo para una madre que perder a un hijo. Es un dolor imposible de consolar y del que nunca se recupera. Cuando Pedro colgó el teléfono, abrazó a Irene en el suelo. Ambos permanecieron allí largo rato, llorando, antes de poner rumbo al hospital.

A partir de ese día, las cosas fueron a peor por toda Europa. Durante la misma noche del jueves 7 de julio, las noticias de la tragedia en Madrid alimentaron las revueltas en las demás manifestaciones que estaban teniendo lugar en el resto del continente. Mientras en Madrid se contaban las víctimas, en París y Londres miles de coches eran pasto de las llamas y en Berlín algunos edificios oficiales fueron atacados. En Roma, la policía tuvo que desalojar violentamente la protesta en los alrededores del Palacio del Quirinale y también se produjeron víctimas. Durante el fin de semana posterior, protestas y disturbios espontáneos se repitieron por las principales ciudades de Europa.

El lunes 11 de julio todos los parqués europeos abrieron en rojo. En Madrid, el índice bursátil perdía un 3% en las primeras dos horas. El dinero de este continente herido de muerte estaba huyendo, y no sólo de las bolsas. Los principales bancos europeos dieron la voz de alarma el viernes 29 de julio ante la salida de miles de millones de euros hacia bancos de Suiza y Asia, principalmente.

Los Gobiernos esperaban que, durante el parón estival de agosto de 2016, las cosas se calmaran y todo volviera a su cauce, por

lo que se marcharon tranquilamente de vacaciones. Pero todas las noches de aquel «Verano Maldito» –como se le conoció después–, se seguían produciendo incidentes y ataques. El humo de los coches incendiados y la violencia desatada por los grupos radicales que habían surgido por toda Europa hicieron que las principales ciudades fueran irrespirables.

Cuando los políticos volvieron de vacaciones en septiembre, la situación económica que se encontraron era dantesca. Miles de europeos habían perdido su empleo durante el verano y centenares de empresas habían echado el cierre. Los sindicatos contribuyeron a agravar la situación organizando huelgas en todos los países, que fueron la puntilla para las delicadas economías europeas. El jueves 15 de septiembre se organizaron en España y Francia jornadas de huelga general que paralizaron totalmente ambos países. En Alemania, donde las huelgas generales estaban prohibidas, los sindicatos de transportes convocaron una jornada de huelga el mismo día y las estaciones y los aeropuertos detuvieron su actividad por completo.

El dinero había seguido saliendo de los bancos del continente y el coste de financiación de la deuda pública se había disparado hasta el punto de poner de nuevo al borde de la quiebra a los hiperendeudados estados europeos. Los Gobiernos se mostraban incapaces de controlar la situación y acabaron por añadir más gasolina al fuego que cada noche arrasaba las calles. El Banco Central Europeo no podía seguir adquiriendo deuda pública sin disparar aún más la inflación. Por ello, y a instancias de la Comisión Europea –que decidió intervenir activamente para solucionar la crisis–, se decretó un paquete de medidas extraordinarias que debían entrar en vigor el sábado 1 de octubre. Con ellas se pretendía detener la huida de fondos y dar un respiro a los Gobiernos, para que consiguieran, entre otras cosas, calmar la situación. También se prohibieron las transferencias de capital superiores a diez mil euros a bancos fuera de la Unión Europea; se limitaron las extracciones de dinero en efectivo a trescientos euros al día; y se impuso una nueva tasa del 15% sobre todos los ahorros del continente. Esta última decisión estaba

destinada a pagar la deuda pública de los países, ante la huida de los principales inversores internacionales. En otras palabras, se decretó un «corralito financiero» a nivel continental y una nacionalización de los ahorros privados. Al mismo tiempo, acusaron a los ricos y a las grandes fortunas de irresponsabilidad e insolidaridad por estar sacando su dinero de los bancos de la Unión en un momento tan delicado. La baza del enemigo llamado «mercados financieros» –que años atrás había servido de comodín a los Gobiernos para exonerar sus culpas–, volvió a ser utilizada.

Por otra parte, ignorando los conflictos civiles que se habían producido en Venezuela y Argentina el año anterior y que tuvieron el mismo origen, también acusaron a los comerciantes de ser los responsables del incremento artificial de los precios que disparaban la inflación. Los Gobiernos y Bruselas necesitaban chivos expiatorios que ocultaran su nefasta gestión. Los ricos y los comerciantes eran los más accesibles para realizar esta tarea. La prensa europea, en una situación trágica debido al descenso de los ingresos por publicidad que les hacía depender en su práctica totalidad de las instituciones y los fondos públicos, actuó de altavoz mediático de estas acusaciones en un acto de irresponsabilidad que no tardarían en lamentar.

La entrada en vigor del corralito alivió, por un momento, las finanzas públicas, pero incendió más las calles y aumentó la alarma entre los inversores. La gente se agolpaba a las puertas de las oficinas bancarias reclamando su dinero. Muchas sucursales dejaron de abrir cuando se registraron las primeras agresiones. Un ejemplo de esto se produjo el 18 de octubre cuando el director de una oficina bancaria en Linz, Austria, moría en un incendio provocado por algunos ciudadanos que se manifestaban a las puertas de su sucursal.

En Alemania, un país poco acostumbrado al crédito y cuya economía ciudadana se basaba principalmente en el dinero en efectivo, el corralito supuso una explosión social. Los disturbios –que hasta entonces se habían limitado a la quema de coches y alguna sucursal bancaria y a enfrentamientos con la policía–, se tornaron en

PERFECTOPIA

saqueos a comercios. Los robos se produjeron primero en las grandes cadenas y, después, en los pequeños comercios de barrio, que habían sido acusados por los Gobiernos de haber inflado los precios. Centenares de establecimientos ardían cada noche. Cuando comenzó a escasear el dinero en efectivo, estos saqueos se extendieron por todo el continente.

Pero no sólo los comercios sufrieron la ola de ataques. Las acusaciones de insolidaridad e irresponsabilidad que los medios de comunicación y los Gobiernos habían vertido sobre los ricos hicieron que los robos y los asaltos empezasen a producirse también en las casas de los barrios más acomodados de las grandes ciudades. La noche del sábado 26 de noviembre, tras una manifestación de protesta por el centro de Madrid, se asaltaron varias viviendas en el lujoso barrio de El Viso. El resultado fue que dos de las casas quedaron destrozadas por las llamas.

El 5 de diciembre por la noche, varias bandas de jóvenes se habían trasladado al lujoso barrio de Belgravia, en Londres, para provocar disturbios y robar en las casas. El joven Jonathan Myers, del humilde barrio de Newham, salió de trabajar a las dos de la mañana de una de las gasolineras de la ciudad. Mientras se dirigía a la parada del autobús nocturno para volver a casa, se encontró con una de las bandas. Sus integrantes lo confundieron con el hijo de alguno de los hombres ricos de la zona. No sirvió de nada que Jonathan les explicara que él no vivía allí y que sólo había ido a trabajar. Al grito de «¡A por él!», todos comenzaron a perseguirlo. Jonathan, que era buen deportista, intentó huir a toda prisa de sus perseguidores. Al volver una de las esquinas, quiso despistarlos trepando por la verja de una de las mansiones de la ciudad. Allí se escondió en un rincón hasta que los agresores pasaron de largo. Pero fue una mala idea. Debido a la ola de robos que se estaban produciendo, Dominique, el dueño de la casa por cuya verja había trepado Jonathan, había comprado una escopeta de caza para poder proteger a su familia si intentaban entrar a su

domicilio. Los gritos en la calle hicieron que Dominique se despertase alarmado. Sin pensárselo dos veces, cogió el arma y, al ver a Jonathan escondido, le disparó pensando que se trataba de un ladrón. El joven recibió un tiro en el pecho y cayó muerto al suelo.

La noticia corrió como la pólvora por Internet: «Hombre rico mata a chico pobre». Daba igual que el incidente fuera producto de un error. La muerte de Jonathan fue la mecha encendida que hizo detonar todo el polvorín. Jonathan Myers fue el Rodney King del Londres de 2016.

Los virus de la ira y del odio se propagaron por toda Europa y las clases más desfavorecidas –asfixiadas por las medidas económicas y heladas por el frío del invierno que llegaba–, salieron a las calles en lo que se popularizó como «la caza del rico». Los barrios más lujosos de las grandes ciudades fueron arrasados y varios de los que vivían en ellos murieron asesinados o calcinados por el fuego de los incendios provocados. Muchas familias comenzaron a huir por temor a convertirse en víctimas de los enfurecidos jóvenes de los barrios más populares o de las bandas extremistas. Sólo por tener un buen coche o por vestir bien, se corría el riesgo de ser confundido con un rico y, por tanto, convertirse en un objetivo a derribar. Numerosas iglesias también fueron pasto de las llamas. La policía ya no era capaz de contener la situación ante la generalización de los ataques y los asesinatos. Si el norte de África había tenido su «Primavera Árabe» en 2011, Europa se dirigía, en 2017, hacia el «Invierno Negro».

Los graves disturbios sociales y las huelgas que se repetían por gran parte de Europa aquel mes de diciembre, además de acentuar todavía más la crisis económica, hicieron que el hambre y las enfermedades empezaran a hacer acto de presencia. Para intentar contener la situación, en un acto de desesperación, la Comisión Europea pidió a los países que utilizaran a sus Fuerzas Armadas para reprimir la violencia, saltándose así sus propios tratados y las

PERFECTOPÍA

constituciones de muchos de los estados miembros. Pero la situación era agobiante. Los Gobiernos se habían mostrado reacios a sacar los tanques a la calle en tiempos de paz. Lo consideraban el mensaje definitivo al mundo para demostrar que la situación en Europa estaba fuera de control. Pero esta vez, realmente lo estaba. Si exceptuamos Portugal y Reino Unido, por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, los ejércitos europeos salían a la calle en Europa Occidental; y esta vez no contra un enemigo exterior, sino contra sus propios ciudadanos envilecidos por el odio.

Los gobernantes, acusados de haber decretado una ley marcial encubierta, se esmeraron en quitar importancia a la medida. Arguyeron que los ejércitos sólo se iban a limitar a ayudar a los bomberos a sofocar los incendios y a controlar la situación de cara a la llegada de las Navidades. Pero no fue así. Los militares patrullaban las calles y establecieron controles de seguridad en las entradas y salidas de los barrios residenciales en donde vivían las familias acomodadas que aún quedaban. Además, establecieron un perímetro de seguridad con barricadas en los alrededores de los principales edificios gubernamentales. Pero ni siquiera así consiguieron calmar a los millones de ciudadanos descontentos que cada noche seguían protestando. En este clima de tensión, Europa entraba en las Navidades más negras de su historia reciente.

Con el ejército en las calles, se incrementaron los arrestos y muchas familias quedaron separadas durante las Navidades. Esto enfureció mucho más a la población desfavorecida. Los ciudadanos acusaron a los Gobiernos de utilizar a los ejércitos para proteger a los ricos mientras ellos se morían de hambre. Las protestas que los gobernantes europeos habían arrojado irresponsablemente hacia los ricos se volvieron hacia ellos como un búmeran.

En la fría tarde del día de Reyes del año 2017, se convocó en París una nueva protesta no autorizada frente al Palacio del Elíseo, sede de la presidencia francesa. Ante las llamadas a la protesta que

inundaban Internet, el ejército y la *Gendarmerie* rodearon el edificio con barricadas y vehículos militares para impedir que los manifestantes se acercaran. Cuando no eran todavía las cinco de la tarde, miles de ciudadanos franceses avanzaban por la avenida de los Campos Elíseos con rumbo a la sede presidencial, provocando en su camino numerosos destrozos. A las seis de la tarde, decenas de miles de personas se agolpaban frente a las barricadas, infiriendo gritos de protesta contra el ejército y su gobierno. Los militares emitían por megafonía mensajes llamando a la calma y pidiendo a los ciudadanos que regresaran a sus hogares. Por el contrario, más y más gente se acercaba a la protesta en el centro de una de las ciudades europeas más golpeadas por la crisis económica en los últimos dos años.

Los manifestantes hacían caso omiso a las llamadas que les prohibían acercarse al perímetro de seguridad establecido por el ejército. Poco a poco, los ciudadanos se iban aproximando más. Algunos asistentes a la protesta arrojaron fuegos de artificio entre la multitud y se produjo un tumulto que empujó a los manifestantes hacia la línea donde estaban los militares. Algunos jóvenes soldados confundieron las explosiones con disparos y, al ver que la avalancha de gente iba hacia ellos, abrieron fuego. Cuando los mandos quisieron detener el tiroteo, ya era demasiado tarde. Los cuerpos ensangrentados de al menos una veintena de personas yacían sobre el suelo.

Fue la gota de sangre que colmó el vaso de la paciencia de los europeos. Ser asesinados por sus propios militares es lo último que el pueblo estaba dispuesto a tolerar. Desde el día siguiente a esta tragedia, los ciudadanos empezaron a dirigirse hacia los políticos a todos los niveles. La misma noche del 7 de enero la sede de la Comisión Europea en Bruselas, el lujoso edificio *Berlaymont*, fue incendiada. El fuego iluminó la ciudad belga en mitad de un apagón de los que empezaban a ser comunes en todas las regiones de Europa. A la sede del Banco Central Europeo en Frankfurt le ocurrió lo mismo. En los días posteriores, otros edificios gubernamentales fueron arrasados en distintos países de Europa del Este. Atenas, una

PERFECTOPÍA

de las ciudades más castigadas por los disturbios y la violencia, fue devastada en la segunda semana de enero de 2017. Los Gobiernos europeos empezaron a comprender que habían perdido el control de la situación, si alguna vez lo tuvieron. Los países del resto del mundo, ante el temor a que la situación empeorara, comenzaron a retirar a todo el personal de sus embajadas y consulados y recomendaron a sus ciudadanos que abandonaran Europa. Debido a los frecuentes cortes en el suministro eléctrico y los destrozos en las líneas de telecomunicaciones terrestres, periodistas y ciudadanos empezaron a hacer uso del satélite para lograr acceso a Internet y poder informar e informarse de lo que estaba sucediendo.

Tras los sucesos de Francia, empezaron a producirse las desertiones en el ejército. Primero tuvo lugar en el francés y, luego, en todos los demás. Los militares no estaban dispuestos a asesinar a su pueblo para defender a sus gobernantes. Las primeras desertiones fueron ocultadas por la prensa, para evitar un efecto llamada, pero finalmente fue imposible controlar la noticia. Conforme los ejércitos perdían efectivos y los militares se oponían a obedecer las órdenes de los políticos, más y más edificios oficiales quedaron desprotegidos, siendo destruidos a las pocas horas. Europa se dirigía hacia «El Gran Caos».

Despacho Oval, la Casa Blanca, Washington DC, 8 de febrero de 2017.

–Señor Presidente, la situación en Europa es alarmante. Los Gobiernos están a punto de perder el control y las protestas y los disturbios se han generalizado en todas las ciudades. Están atacando incluso los edificios gubernamentales. La CIA ha informado de que algunos miembros del Gobierno francés ya han empezado a exiliarse a Marruecos y Argelia. Es probable que en los demás países ocurra lo mismo.

La que hablaba era Nancy Graham, Secretaria de Estado, durante una reunión de urgencia del Consejo de Seguridad Nacional.

–Señor Presidente, debemos utilizar a nuestros militares en Europa para ayudar a los Gobiernos. Ante las deserciones en sus fuerzas de seguridad, existe el riesgo de que los países queden desprotegidos. No podemos arriesgarnos a que los gobernantes europeos abandonen y el continente entero quede a merced del caos.

El General George Rauch, presidente del Estado Mayor Conjunto de los Estados Unidos de América, era un hombre sensato. Se había forjado en muchos de los conflictos bélicos en los que EEUU se había visto envuelto durante el siglo XX y principios del XXI. Sabía lo que había que hacer y cómo, y estaba convencido de cuál era la mejor forma de actuar. Pero esa forma de pensar chocaba de lleno con la que tenía el recién elegido Presidente de los EEUU.

–¿Y qué pretende? ¿Que mandemos a nuestro ejército contra los ciudadanos europeos? –dijo tranquilamente el Presidente mientras ojeaba pensativo el informe depositado por la Secretaria de Estado encima de su mesa.

–Los Gobiernos europeos son nuestros aliados. Es nuestra obligación defenderlos, señor Presidente –contestó el General Rauch.

–Permítame que le contradiga General. Los aliados no son los Gobiernos, sino los países, y eso incluye a sus ciudadanos. No pienso enviar a los militares americanos contra los ciudadanos europeos. Jamás.

–Pero señor Presidente, ¿va a dejar que Europa se sumerja en el caos? –contestó el General, cada vez más alterado.

–General –añadió el Presidente con un tono calmado que contrastaba con el nerviosismo del General Rauch–, Europa será lo que quieran los europeos que sea.

PERFECTOPIA

—¡Pero señor Presidente! ¡Es una locura! ¡Un suicidio! ¡El continente europeo está al borde de un conflicto civil de consecuencias incalculables! —gritó el General.

—General Rauch, si no es capaz de controlarse, será mejor que abandone esta reunión ahora mismo —dijo el Presidente, que todavía conseguía mantener la calma.

El General observó de pie durante unos segundos al Presidente y comprendió que no tenía nada que hacer.

—Con su permiso, señor Presidente —el General abandonó el despacho mientras murmuraba—: ¡Va a acabar con el país, él sólo va a acabar con el país!

El choque de trenes entre el Presidente y el General Rauch ya se había producido.

Henry Roberts era el nuevo Presidente de los Estados Unidos de América desde el 20 de enero. Los últimos años de la administración Obama habían sido desastrosos y situaron al país al borde de la quiebra en varias ocasiones. El fracaso del programa sanitario estrella, el *Obamacare*, así como el endeudamiento sin freno de la administración pública norteamericana, llevaron a los demócratas a perder estrepitosamente las elecciones de 2016. A diferencia de los europeos —quienes bien por falta de alternativa, bien por el envilecimiento del sistema democrático, habían estado votando una y otra vez a los mismos políticos que los estaban llevando a la ruina—, los estadounidenses supieron reaccionar antes de que las cosas fueran demasiado lejos. Pero no sólo fue Obama el responsable del catastrófico resultado para los demócratas. La figura de Roberts jugó también un papel fundamental.

Henry Roberts fue el candidato del partido republicano, pero no contaba con el apoyo del aparato del partido. Había ganado unas muy reñidas primarias por encima de los demás candidatos gracias al apoyo de las bases, que no estaban dispuestas a repetir el fracaso de 2012 al elegir como candidato a Mitt Romney, haciendo huir el voto

liberal y perdiendo las elecciones. Roberts era el candidato más liberal y menos *neocón* del «Gran viejo partido». El aparato del partido no dio mucha importancia a su triunfo. Consideraron que, tras atraer la victoria electoral del lado republicano, podrían posteriormente controlarlo y llevarlo de nuevo a posiciones más conservadoras. Pero no contaron con que Roberts fuera realmente un hombre de principios, ni mucho menos que él solo fuera capaz de combatir y vencer a todo el *establishment* de Washington.

Roberts ganó las elecciones del 8 de noviembre 2016 gracias a un programa electoral cargado de promesas renovadoras: Sanear las cuentas públicas mediante una reducción del aparato estatal federal; reducción de impuestos y eliminación de gran parte de la burocracia y la legislación que asfixiaban a la economía norteamericana; reducción de los poderes de la agencia de transportes TSA, la agencia de seguridad nacional NSA, la Reserva Federal y el servicio fiscal IRS, que se habían visto sujetos a numerosos escándalos en los últimos años; y la derogación del FATCA y la obligación de los estadounidenses a pagar impuestos a EEUU allá donde residiesen. Además, las promesas más revolucionarias y que más iban a ahorrar a las arcas públicas fueron: Acabar con la guerra contra las drogas mediante una serie de legalizaciones controladas y la retirada del ejército norteamericano de las bases en el exterior. Esta última medida formaba parte de su perfil no intervencionista y fue, sin duda, la que más enemigos le granjeó en Washington. Sin embargo, fue vista con buenos ojos en muchos lugares del mundo. EEUU abandonaba su lado imperialista y dejaba de caer antipático en todos los rincones del planeta. Los admiradores de Roberts lo llamaban «el nuevo Reagan» mientras que sus detractores opinaban que acabaría como Kennedy. Pero gracias a sus medidas, conseguiría detener el deterioro de la economía norteamericana y aplacar instantáneamente la rebelión de Texas. EEUU empezaría a atraer de nuevo inversiones y parte del dinero que huía de Europa comenzó a poner rumbo al continente americano, cuando antes era un destino vetado. Con todo ello y gracias al clima de optimismo que se respiraba en los EEUU, el país

se libró de las protestas y disturbios que asolaban Europa y que también habían empezado a incubarse allí durante la primera mitad del 2016.

–Al menos, deberíamos asegurarnos de que las armas nucleares de franceses y británicos no caen en malas manos –dijo en tono conciliador el Secretario de Defensa.

Roberts meditó unos segundos y se apresuró a decir:

–De acuerdo. Ponedme con Moscú.

El Gran Caos dio comienzo a primeras horas de la mañana del 20 de febrero de 2017. El Estado italiano, a pesar de las medidas de emergencia que desde octubre había impuesto la Comisión Europea, se declaró incapaz de hacer frente a los compromisos financieros debido al hundimiento de su economía –provocado por los altercados y por las semanas de huelgas ininterrumpidas. Italia entró en bancarrota y suspendió pagos. Fue la primera gran ficha en caer, pero arrastraría consigo a todas las demás. El pánico se desató en los mercados internacionales y la orgía de sobreexposiciones a las deudas públicas entre los distintos países europeos hicieron el resto. Grecia y España declararon la bancarrota esa misma semana. El 28 de febrero, Francia anunció que era incapaz de pagar los salarios de los empleados públicos. Las piezas del dominó iban cayendo una tras otra. En Alemania y Reino Unido sus principales bancos se declararon en quiebra como consecuencia de las bancarrotas de Francia y el sur de Europa. De este modo, los gobiernos alemán y británico también se arruinaron. El 1 de marzo de 2017, la mitad de los empleados públicos del continente europeo dejó de percibir sus nóminas.

Las consecuencias no se hicieron esperar. La mayoría de los funcionarios abandonaron sus puestos de trabajo. Policía y ejércitos se terminaron de desangrar tras la lenta agonía de bajas que se estaban produciendo desde enero. Los hospitales quedaron desiertos de

personal y sólo algunos voluntarios se quedaron para atender a los enfermos y heridos, que se hacinaban por los pasillos.

Las calles se terminaron de incendiar. La noche del 10 de marzo de 2017, Roma repitió uno de los sucesos más trágicos de su historia y fue arrasada por las llamas. La víspera de San José, el 19 de marzo, un grupo de delincuentes con máscaras de Guy Fawkes atacó con explosivos las Casas del Parlamento en Londres al término de una manifestación de protesta en Trafalgar Square. La turba enloquecida explotaba de júbilo cuando el Big Ben colapsó por efecto de las llamas. Ataques similares se repitieron en los días siguientes por toda Europa. Amsterdam, Berlín, París, Copenhague, Madrid... Ninguna gran ciudad se salvó.

Los políticos y miembros de los Gobiernos, sin medios para poder controlar la situación de las calles, decidieron abandonar y exiliarse. La Comisión Europea y todos los eurodiputados del Parlamento Europeo, grandes culpables de la situación a la que se había abocado al continente, fueron los primeros en huir. Después los Gobiernos fueron cayendo uno a uno. Los políticos reunieron a sus familias, saquearon lo poco que quedaba en las arcas públicas y bancos centrales y pusieron rumbo a EEUU, Latinoamérica, África o Asia. El mismo camino tomaron las Casas Reales. Todos los miembros de la realeza abandonaron sus países por temor a ser ajusticiados por la masa de ciudadanos hambrientos y encolerizados. Todas menos una.

En el Palacio de Buckingham, la reina Isabel II de Inglaterra se negaba a abandonar.

–Majestad, el helicóptero espera en la azotea. Debemos abandonar el palacio antes de que sea demasiado tarde –apremió el Secretario Real.

La Reina estaba de pie, inmóvil frente a la ventana de su oficina, observando a los ciudadanos protestando a las puertas del palacio.

PERFECTOPIA

—No pienso abandonar a mi pueblo. Si el pueblo británico decide que debo morir, así será.

El príncipe Felipe, duque de Edimburgo, había muerto un año atrás. Su fallecimiento había supuesto un duro varapalo para la Reina, que se fue hundiendo en la soledad del palacio. La Reina, que había vivido con amargura el hundimiento de la economía británica y las penurias que su pueblo había atravesado durante el último año, consideraba que su tiempo había llegado. Era hora de enfrentarse a lo inevitable.

—¡Pero madre! ¿Qué estás diciendo? —el príncipe Carlos había acudido al palacio para intentar convencer a su madre de que se reuniera con el resto de la familia en los Estados Unidos. Pero Isabel II no estaba dispuesta a ceder.

—No voy a irme, Carlos. Pierdes el tiempo. Debes irte y reunirte con Camila, Guillermo y Harry. Yo me quedo en palacio —contestó la Reina sin mover los ojos de la ventana.

—¡Pero es un suicidio! ¡Debes venir con nosotros inmediatamente! —gritó Carlos impaciente.

—Carlos, vete. Es una orden —dijo su madre con dureza.

El Secretario Real le hizo un gesto al príncipe Carlos para salir de la habitación. Una vez fuera le dijo:

—Váyase tranquilo, señor. La Guardia Real vigilará el palacio y yo y un grupo de sirvientes leales que he conseguido reunir nos quedaremos protegiéndola. Daremos nuestra vida por ella, si es necesario.

El príncipe Carlos se dio por vencido. Entró en la oficina real, le dio un beso de despedida a su madre y abandonó el palacio en el helicóptero que esperaba en la azotea.

Cuando los ciudadanos londinenses que protestaban en el exterior vieron despegar el helicóptero mientras la silueta de la Reina seguía en la ventana del palacio, comprendieron lo que había pasado.

–¡La Reina se queda! ¡La Reina se queda con el pueblo! – gritaban los manifestantes. Y, poco a poco, se fueron retirando rumbo a Downing Street y los edificios gubernamentales del Whitehall.

El Palacio de Buckingham fue el único edificio oficial que quedó intacto en Londres.

Con los países de Europa abandonados a su suerte por los gobernantes y políticos, sin fuerzas de seguridad y con todas las cadenas de suministro de alimentos y combustible rotas, las escenas de delincuencia, violencia y pillaje empezaron a convertirse en la tónica habitual del día. Prácticamente no quedaba ningún comercio en las grandes ciudades que no hubiera sido saqueado y la comida escaseaba. El hambre y la violencia empujó a muchos de los ciudadanos hacia el campo, mientras muchos otros intentaron salir de sus países. Desde finales de marzo, miles de refugiados empezaron a llegar a Suiza procedentes de Italia, Francia y Alemania. Ante semejante avalancha y por miedo a que los servicios básicos suizos pudieran colapsar y sucumbir como el resto de Europa, el 14 de abril de 2017, Viernes Santo, el gobierno suizo decidió cerrar las fronteras. Miles de efectivos militares se apostaron en todas las vías de acceso al país, impidiendo el paso a los refugiados. Para evitar que estos llegaran por ferrocarril, los soldados volaron la entrada al túnel de Simplón desde el lado suizo, en la localidad de Brig. Miles de personas que se dirigían a Suiza en tren se encontraron con que no tenían salida al llegar al otro lado del túnel. Dos convoyes chocaron al final del mismo y se incendiaron. Las llamas provocaron una intensa humareda que dejó atrapados a varios trenes más. Centenares de italianos perecieron por asfixia a lo largo de los más de diecinueve kilómetros de conducto.

Europa estaba sumida en el más profundo agujero desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. El hambre y las enfermedades se cebaron con los más débiles, niños y ancianos. Los cuerpos de los fallecidos eran abandonados en las calles ante la imposibilidad de dar

PERFECTOPÍA

sepultura a todos; lo que contribuyó a la propagación de enfermedades. Los incendios iluminaban las noches de las ciudades, en las que apenas existía ya suministro eléctrico. La ayuda humanitaria con alimentos y medicinas era arrojada desde los aviones fletados por los Gobiernos de EEUU, Asia y Latinoamérica. El clima de violencia que se había establecido en las ciudades impedía a las aeronaves aterrizar.

El 26 de abril, Marijke, una niña de 4 años, jugaba frente a su casa situada al lado del canal Herengracht, en un barrio acomodado al oeste de Amsterdam. Un grupo de jóvenes radicales atravesaba esa calle provocando destrozos e intimidando a los pocos transeúntes que quedaban en la ciudad. Marijke los vio y se quedó inmóvil al borde del canal, mirándolos, con una muñeca colgando de su mano. Uno de los jóvenes sacó un revólver y, sin mediar palabra, le disparó en la frente. El impacto de la bala en la pequeña cabeza de Marijke la empujó y la niña cayó al canal. Su muñeca quedó en el borde.

Las horribles imágenes fueron grabadas por un joven videoaficionado desde una de las casas que miraban al canal. Inmediatamente, las subió a Internet a través de la conexión de satélite que su padre, periodista, había instalado. En menos de 6 horas, las imágenes ya habían dado la vuelta al mundo. El horror del asesinato a sangre fría de la niña y su cuerpo cayendo al canal fue proyectada por las televisiones continentales que todavía seguían emitiendo y congeló la sangre de los europeos, que comprendieron que habían ido demasiado lejos. Esa noche fue la primera en más de un año que no se producían disturbios en ninguna ciudad de Europa y la gente no salió de sus casas. Lo único que iluminaba esa noche eran los incendios que todavía no habían sido sofocados.

De la misma forma que el virus del odio se propagó por Europa tras la muerte de un inocente, Jonathan Myers, fue la muerte de otro inocente, la pequeña Marijke, lo que lo erradicó.

El Gran Caos había terminado.